

NONO GARCÍA Y EL ESPÍRITU DEL TIEMPO

PASCUAL GARCÍA

Resumen:

Estos bodegones de Nono García parecen iniciar un viaje particular, sus bustos, las vasijas y los restos encontrados en los yacimientos de Cartagena en cuyo teatro se han colgado esta veintena colmada de obras y que él recrea como si regresara al tiempo de la materia original y la conjurara para obligarla a salir al exterior envuelta en la niebla artística del cemento de la Historia, como si nos la mostrara en proceso de ir surgiendo lentamente de un magma arqueológico y antiguo y estuvieran un constante movimiento desde el pasado, en el que el pintor de Mula ha acertado a situarlos y a detenerlos como huellas indelebles de viejas y gloriosas civilizaciones.

Palabras clave:

Yacimientos, Historia, civilizaciones, exposición, ruinas, alquimia, magia.

Abstract:

These still lifes by Nono García seem to start a particular trip. His busts, the vessels and the remains found in the deposits of Cartagena in whose theater have been hung this twenty full of works and that he recreates as if he returned to the time of the original matter and conjured her to force her to go abroad wrapped in the Artistic Cement fog of History. As if it were showing us in the process of slowly emerging from an archaeological and ancient magma and were a constant movement from the past, in which the Mula painter has succeeded in locating them and arresting them as indelible traces of old and glorious civilizations.

Keywords:

Deposits, History, civilizations, exhibition, ruins, alchemy, magic.

Hay pintores que parecen haber nacido con la extraordinaria facultad de pintar antes que el espacio, la superficie de una figura o su volumen, el tiempo mismo saliendo de los objetos que una pericia extrema de dibujante y el halo misterioso de un pintor con duende son capaces de materializar en un puñado de cuadros. Nono García es uno de estos pintores; de ahí que sus bodegones, sus bustos, las vasijas y los restos encontrados en los yacimientos de Cartagena en cuyo teatro se han colgado esta veintena colmada de obras y que él recrea como si regresara al tiempo de la materia original y la conjurara para obligarla a salir al exterior envuelta en la niebla artística del cemento de la Historia, como si nos la mostrara en proceso de ir surgiendo lentamente de un magma arqueológico y antiguo y estén como en un constante movimiento desde el pasado, en un viaje desde el origen, en el que el pintor de Mula ha acertado a situarlos y a detenerlos como huellas indelebles de viejas y gloriosas civilizaciones.

No sé si sería conveniente o acertado señalar el magisterio de Gaya, Serna o Cano en el ámbito regional, pero Nono García conoce su propia trayectoria en dirección a la esencia del espíritu de las cosas que pinta, que no son tan solo Historia, sino vida en el pasado, lánguida confluencia del prodigio que ha conservado para nosotros la tierra y que él ha elevado a categoría de presencia y de vida.

Por eso me parece tan acertado el título de la exposición. Arqueologías es una metáfora de los vestigios apresados por la tierra en una de las ciudades más antiguas y con más contenido de Europa y que el artista muleño ha vuelto a insuflar de vida, de vida en el lienzo en virtud de unos colores que nos remiten de nuevo al pasado, con la viveza apagada, si se me permite la paradoja, del acrílico, que es otra vez la sabia recreación de la magia de una edad lejana de la que emergen todos y cada uno de los motivos de esta muestra: retratos, columnas, copas, cabezas, cráteras, cántaros, jarras, vasos y exvotos de origen ibero, romano, ajuares, pebeteros y capiteles hallados en diversos yacimientos de la región.

Nono García los trae de la Historia y les concede un hueco en el presente, pero sin despojarlos ni por un minuto de esa gravedad solemne y cercana, a la vez, de lo que tuvo alguna vez un uso y hoy es el alma de los años transcurridos, el emblema de lo que la erosión de los días ha ido convirtiendo en pequeñas y gloriosas ruinas domésticas, en bellísimas evocaciones de otros hombres y de otras remotas civilizaciones, hasta tal punto que estas obras constituyen el precipitado poético y la alquimia de un pintor sabio y experto cuya tarea ha consistido en mostrarnos un momento del proceso en el que cada hallazgo parece emerger de su lugar recóndito, como lo han hecho estos restos de antiguas civilizaciones hasta el punto de que lo que en el fondo expresa el creador es el tránsito de la tierra a la luz, del sueño al presente, del origen a las vitrinas de cualquier museo donde los espectadores tendremos ocasión de admirar el prodigio de otros mundos.

De manera que su pincel obra como un utensilio de la magia del descubrimiento, del instante supremo en que nos topamos con un resto en un yacimiento y asistimos asombrados al espectáculo de esa luz nueva y arcaica con que el artista acierta a iluminar sus creaciones, una luz antigua, tamizada por el adobo de la tierra y el añadido de los siglos, esa aureola arqueológica, y bellamente envejecida con la que se consigue una ostensible atmósfera poética, como si la sustancia del tiempo anduviera disuelta en esos fondos de tonos apenas azulados y ocres, resueltos con el duende inexplicable de un creador que respira los colores y los matices y construye un edificio artístico tan propio, tan reconocible como su propia firma, porque si existe un factor intransferible en el estilo de un artesano como Nono García, ése ha de ser, sin duda, la gama de su paleta, personal, única, identificable, porque en ella reside su personal mirada, su honda verdad.

Si fuese necesario, u oportuno, que no lo es en absoluto, dar un nombre a la pintura del creador muleño, acaso podríamos referirnos a un cierto realismo poético, porque el realismo en un artista, del género que sea, para alcanzar su plenitud, no puede ser otra cosa que poético, y la mirada de Nono es la del orfebre condescendiente que mima sus creaciones y las va colocando en un lugar de privilegio, no solo porque maneje con maestría el oficio, que sin duda lo hace, sino porque nos da una versión de la vida única con la que todos disfrutamos, como se disfruta de una revelación sorprendente.

Acaso sería esta la palabra justa para calificar la aureola que desprenden todas y cada una de sus creaciones, ese sentimiento de exhumación y novedad, de rescate y delirio controlado que se corresponde con una mano templada, un corazón ávido y una mente lúcida. No de otro modo se comporta un mago cuyo objeto primordial es el de animarnos al encuentro con el hechizo del tiempo, mientras se apresta capacitado, hábil y en estado de gracia a redescubrir para nosotros los armarios de la Historia donde residen tesoros que los siglos y la piedra han conservado incólumes.

Antonio García nos cuenta la seducción del instante mismo en esos bodegones que parecen colgados de la densa lava del tiempo y donde el arte recrea al arte porque el artista pinta justo ese misterio, no lo material y explícito, no los hallazgos tan bien evocados en sus creaciones, sino las veladuras de la Historia, los entresijos nebulosos de los siglos y de la tierra obligados a custodiar los secretos de añosas y célebres civilizaciones, de manera que el busto, la copa o la cratera surgen de un fondo mágico e indefinido, de un océano de años y culturas que el pintor de Mula interpreta del modo más acertado, con ese sutil estremecimiento de su paleta con la que extrae la esencia de todos y cada uno de estos tesoros arqueológicos.

Realismo poético podría ser el marchamo de un estilo que no resulta fácil de encajar en ninguna etiqueta, porque todo lo exclusivo es indefinible y único, aun-

que nos parezca evidente y reconocible. En estos cuadros sobresale antes la vibración de los fondos enigmáticos que la pureza y la verdad de cada trazo, el detallismo depurado de un dibujante acendrado y experto, aunque el espectador, el que haya acudido a la exposición de Cartagena se habrá detenido necesariamente en la sorpresa de la vida renovada en cada uno de los perfiles de estos pecios del océano de la tierra y de la historia, pero habrá percibido el mimo con que el artista nos sitúa en el instante mágico de la revelación arqueológico, en el segundo en el que lo enterrado por el hombre y por los años fluye hacia la luz y nos trae la noticia del otro lado, porque estos cuadros no son otra cosa, y ya son bastante, que la crónica espectacular de un final de viaje en el tiempo, de la estación última en la que se hallan todos los objetos de este catálogo poderoso de la edad mediante el cual el arte de nuestros días, representado por las manos y el cerebro de Antonio son cómplices del arte secular de viejos y anónimos artesanos que dejaron su huella en estas piezas sobre las que el pintor trabaja no para dar una imagen aproximada de su estado, aunque también lo consiga absolutamente, sino además, y esta es la singularidad del pintor muleño, para dejar constancia de ese tránsito desde la Antigüedad clásica hasta los modernos enterramientos de donde se han extraído estos espléndidos ajuares con los que conversa la modernidad de los pinceles de Nono con la clasicidad de los añosos utensilios.

Se podría decir entonces que el arte regresa al arte, que el arte antiguo desemboca en el arte moderno y que el prodigio creativo de Antonio García produce esta verdad incuestionable, este circuito cerrado creativo donde la escultura y la arquitectura alimentan la pintura a la que el autor añade una buena dosis de poesía, quizás porque el tiempo es precisamente eso, poesía en perpetuo movimiento, en pleno descubrimiento, la unión de aquellos siglos con el devenir de estos años, las inquietudes de aquellos sabios artífices con el desasosiego clásico y paradójicamente sereno de estos creadores contemporáneos, la incesante búsqueda de lo definitivo y del porvenir, ese hondo desasosiego de un mago de los pinceles que no dejará de buscar vida donde la vida ya es solo piedra y memoria.

El presente mira con sorpresa en estas obras la grandeza del pasado, se prosterne agradecido y pletórico ante la gracia sagrada de un legado incuestionable, depositado en un museo y vuelto a la vida en las obras del pintor murciano. Arqueologías es el arte de un museo, la esencia histórica y creativa del viaje de la Historia que protege un recinto cualquiera y es, además, el ejercicio cuidadoso de un creador sorprendido en el acto de documentar el milagro de la verdad y de la vida emergiendo de la tierra, reconstruidas de nuevo para el regocijo de futuros espectadores, que tendrán el privilegio de asistir a la belleza del original y a la sorpresa de la copia, y esta última convertida asimismo en un original diferente por medio de un trasvase creativo y único, que enlaza la sensibilidad de un pintor de la altura del autor que nos ocupa.

He aquí el cometido de un creador, infundir vida a lo que tiene apariencia de muerte, resucitar el pasado y dotarlo de sentido, de gracia y de verdad, una fórmula de pura alquimia, que solo un artista verdadero puede llevar a cabo, porque solo un artista verdadero posee la llama, la luz y el entendimiento para otorgarle un nuevo sentido a lo que ha venido de la Historia y en el presente es ya otra cosa distinta, pura arqueología, resto de lo que fue pero que en virtud del poder del arte pasa a constituirse obra nueva y belleza única.

De ahí que cada motivo parezca renacido en un instante luminoso y que con ello se nos dé la noticia de que acaba de salir al mundo, porque ya hemos dicho en algún momento que Nono García es mucho antes en estos cuadros un pintor del tiempo que un mero espectador de los espacios y de los volúmenes, es más un hechicero de los siglos que el diestro artífice de la realidad.

Así que cada una de estas obras se abre a nuestra percepción como se abre la mañana en el amanecer y como se abre la naturaleza en el despertar de la primavera y, por esto mismo, es una obra conducida por la luz y por el sabio tratamiento del pincel hacia los aposentos finales de las paredes donde colgarán esta veintena larga de cuadros, expuestos justo en el espacio del tiempo y de la Historia por antonomasia y en la ciudad antigua por definición, porque el texto de estas obra no quiere mejor contexto que los muros del Teatro Romano de Cartagena, donde las piedras parecen nacer del mismo origen de nuestra cultura. Y así, Nono García establece un diálogo preciso y acertado entre el origen de nuestra civilización y las nuevas dimensiones del arte pictórico que él representa con la delicadeza, la finura y la elegancia que sabe imprimir a su obra hasta extraer cada uno de los motivos del cuadro de su propia realidad y lanzarlos a la aventura muchos siglos después de un nuevo y novedoso aposento donde se confabulan la magia de esos fondos únicos con la respiración poética de cada pieza hasta crear un espacio único y diferente, el lugar de la maestría de un artista y la exclusividad de su mirada, el espacio donde se mueven sus manos en busca de otra época y de otros enigmas para revalorizarlos en el presente continuo de su pintura. Esta es la experiencia intransferible de un creador que no se conforma con el primer paso hacia el misterio de la obra, sino que plantea una metáfora ineludible, mientras acaricia estas señales de un naufragio histórico que son el excedente valioso de siglos pretéritos con los que Nono García construye de nuevo la Historia, o mejor aún, construye de nuevo el tiempo y nos lo sirve en la forma de despojos y vestigios con los que amasa otra vez la vieja sustancia de siglos y culturas.

Mucho de su refinamiento y de su exquisitez podríamos hallar en pintores de la talla de Serna, Cano o Gaya, de los que a buen seguro el artista muleño ha tomado algo, como no podía ser de otro modo siendo un autor de Murcia, aunque Antonio García trae su mano personal, su paleta exclusiva y, sobre todo, el sentimiento profundo y serio ante el paso de los días y la verdad inconmensurable de la

luz. Todos mediterráneos, eso sí, como lo es asimismo la excusa de esta serie expuesta en al Teatro Romano de Cartagena, pero este último artista nacido en las tierras altas del Noroeste, más austero por tanto, más centrado y, a la vez, más lírico si cabe, con esa suave veladura de las añosas leyendas del norte en las que el sol incide de otro modo con un cristal distinto y una aureola húmeda transida de melancolía. Quizás la clave de la visión original de nuestro creador sea la fusión del levante y la montaña, de la luz a raudales y de la honrada contención de un hombre del frío que observa las reliquias del pasado con la medida y la distinción del que frecuenta la costumbre de la Historia cada día y se enfrenta al rigor de los inviernos apagados e íntimos.

Parece como si el creador hubiese adquirido el hábito de la presencia natural de estos bodegones, de estos ajuares antiquísimos y los hubiera contemplado en innumerables ocasiones bajo la magia luminosa de las últimas horas del atardecer o la fascinación incontenible de un sol de mediodía desnudando el suceso singular de unos despojos milenarios.

Asistimos, parece, en estas obras a la ceremonia del rescate del tiempo, porque no son cuadros acabados, sino que tenemos el privilegio de presenciar su elaboración con el mimo de unas manos que le prestan todo su esmero y todo su cuidado, aunque la materia de estos cuadros es inasible, está yéndose de manera constante en una suerte de fuga continua, como viene siendo el tiempo desde siempre, y todo cuanto logra el creador es mostrarnos su huida, su prodigioso fluir hacia el presente que habitamos los espectadores de esta exposición y que cerramos una especie de círculo absoluto, una conversación de siempre entre la antiguas formas de la belleza y ese celo meticuloso y poético con que el pintor muleño se deja vencer en cada trazo y en cada superficie, recreando una atmósfera legendaria e inusitada y estableciendo un puente entre maneras distintas de sentir el arte, pero muy próximas a la autenticidad de la esencia.

La invitación y la dádiva de Nono García no es solo el regreso a los pedazos brillantes de un pretérito oculto en la tierra, sino a la puesta en escena, otra vez, de los viejos mitos y los rituales pasados, de los aires escondidos en tesoros inimaginables que el esplendor de la pintura del artista muleño libera de las ataduras del polvo centenario y torna a concebir la escena en su recorrido natural hacia nuestro propio presente.

Porque esta es una obra sobre el paso del tiempo, una exposición sobre los arcanos de otras edades, pero también sobre lo esencial y permanente de la sustancia con que fuimos creados todos, el paso de los días o de los siglos, el polvo milenario y la luz de un cielo bajo el que vivieron otros hombres y fabricaron objetos y utensilios cuyos despojos vibran todavía en estas escenas que representan a nuestros

ancestros y que el pintor ha acertado plenamente a aproximarnoslos como se trae el alma de una edad distante y acabada.

Hacemos un pequeño viaje al tiempo y al misterio por esta exposición sobre arqueologías donde se concitan la capacidad de un artista consumado y el talento de un alquimista de la luz y de la sombra.



Vitrina íbera



Vasija árabe



Kalathos con lobos



Crátera ática de figuras rojas



Capitel corintio



Altar de Júpiter